

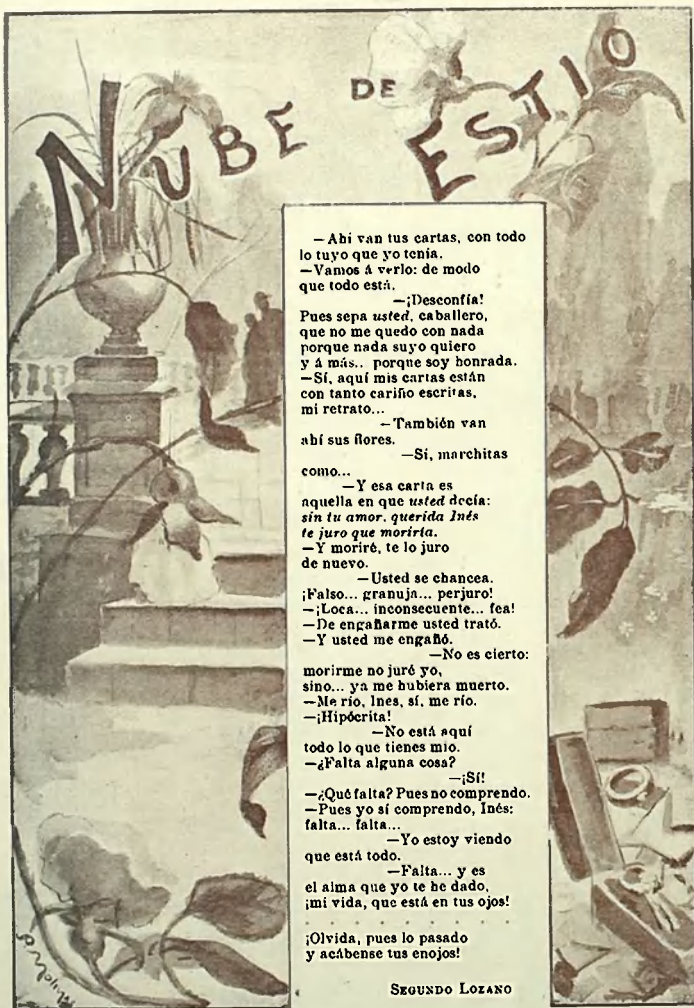


NÚM. 117

BARCELONA, 3 AGOSTO 1901

25 CENTS;

Ayuntamiento de Madrid



— Abi van tus cartas, con todo lo tuyo que yo tenía.

— Vamos á verlo: de modo que todo está.

— ¡Desconfía!

Pues sepa usted, caballero, que no me quedo con nada porque nada suyo quiero y á más... porque soy honrada.

— Sí, aquí mis cartas están con tanto cariño escritas, mi retrato...

— También van ahí sus flores.

— Si, marchitas como...

— Y esa carta es aquella en que usted decía: *sin tu amor, querida Inés te juro que moriré.*

— Y moriré, te lo juro de nuevo.

— Usted se chanzas.

¡Falso... granuja... perjuro!

— ¡Loca... inconsecuente... fea!

— De engañarme usted trató.

— Y usted me engañó.

— No es cierto:

morirme no juré yo, sino... ya me hubiera muerto.

— Me río, Inés, sí, me río.

— ¡Hipócrita!

— No está aquí todo lo que tienes mío.

— ¿Falta alguna cosa?

— ¡Sí!

— ¿Qué falta? Pues no comprendo.

— Pues yo sí comprendo, Inés: falta... falta...

— Yo estoy viendo que está todo.

— Falta... y es el alma que yo te he dado, ¡mi vida, que está en tus ojos!

¡Olvida, pues lo pasado y acábense tus enojos!

SEGUNDO LOZANO

EL VERANEO



Periquito. Esigüete
que al decir de la señora
parece tanto y se me va
cu el marido... de cualquiera.



El conde de Casa-mala
nos para el año en la sala
de juego, del gran casino.



Hay quien se para la vida
sin lograr un buen partido
y ésta cada temporada
viene con nuevo marido.



Vino con algún dinero
á buscar novia con fines
y así solo ha gastado todo
con una infame cocote.



Cuando bajas á bañarte
vestida con tal frascura,
se ha observado que en la playa
sube la temperatura.



Yo este año tampoco
salgo á viajar
por lo mismo de siempre,
por no cambiar.

ARTE CONTEMPORANEO



DEVANANDO, cuadro de Haig Wood

Lindísima es la escena representada por el artista, M. Haig Wood, uno de los mejores pintores de género que existen en el día. La escena pasa en la época del Imperio, cuando en trajes, peinados, muebles y obras de arte predominaba la influencia de David, que con su restauración del estilo romano tan perfectamente las miras del improvisado emperador. Tres jóvenes están devanando una madeja: la una la sostiene entre sus brazos, la otra va formando el ovillo y la tercera se dispone á cortar el hilo, por ya haber bastante. Pero es el caso que, por aquel entonces, y en fuerza de la misma restauración pagana, quizá, no se cortaba nunca el hilo sin decir: «Puedan los hados conservar tu vida largos años,» lo cual, como no es menester decir, viene á ser una alusión á las Parcas, una de las cuales, la cruel Atropos, es la encargada de cortar con las tijeras el hilo de la existencia de los humanos.

La escena es bonita, ciertamente, pero se necesita un pintor tan hábil como Haig Wood para presarle todo el atractivo que aquí tiene.

La pintura de género, hoy tan poco cultivada, ó mejor dicho, cultivada por lo general, con tan mala sombra, es sin embargo, una de las manifestaciones más estimables del arte de la pintura; pero exige sacrificios y cuidados que no quieren imponerse la mayoría de los hijos de Apeles, los cuales prefieren, por lo general, el cuadro grande al cuadro chico, cuando nada tiene que ver el tamaño con la importancia de la obra. Requiere además una ciencia del dibujo y un sentido del color llevados á su mayor perfección, y de ahí que muchos que se atreven con grandes máquinas, saliéndose del paso con flojas pinceladas, retroceden ante el cuadro de caballete, todo gracia y delicadeza.

JULIO L. CARRION



EL VERANEO CURSI

Para ciertas gentes, llegar el verano, y no salir fuera de Madrid, ó no aparentar que salen, es el colmo de todas las desgracias.

Soportarán los mayores contratiempos con resignación cristiana. Pero ¿no poder veranear? Eso les sume en un mar de confusiones y sinsabores.

—¿Qué dirán nuestras amistades, si nos ven aquí este verano?— exclaman las tan pundonorosas personas con lágrimas en los ojos.

Y no las importa no pagar al casero, al tendero, al carbonero, á la lavandera, ni á nadie, con tal de ahorrar para su viajecito estival, que tan alto pone su buen teno.

¿Quién no conoce á alguna de estas familiás?

Yo oonozco á la de Carantona, compuesta sólo de mamá é hija, pues el autor ó jefe de ella tuvo la excelente idea de marcharse al otro mundo, esto es al mundo de las almas, por no soportar á su cara mitad y á su interesante vástago.

Pues bien, esta mamá y esta hija no dejan pasar año sin su veraneo correspondiente.

—¿A dónde va usted este verano?— preguntan los amigos á D.^a Hermenegilda, que así se llama la mamá.

—Pues á Biarritz, ó á San Juan de Luz, ó á San Sebastián,— contesta ella en tono pomposo.

Pero, la verdad es que, ó se esconde en una buardilla madrileña ó se va á Carabanchel, ó, cuando más, da con sus huesos y su pellejo en alguna aldehuela de los alrededores.

El año pasado, sin ir más lejos, la encontré con su hija Purita en Recoletos, y la disparé la pregunta sacramental.

—Pues este año quisiera veranear en el campo,—dijo, poniendo los ojos en blanco.

—¡Oh, el campo!—suspiró Purita.—¿Hay algo más hermoso? Las vacas, los perros, los árboles, los pajarillos...

—Y sobre todo, las gallinas,—añadió su mamá.—¡Tengo unas ganas de hartarme de gallinas baratas, porque aquí en Madrid cuestan un sentido!

Y, en efecto, supe que se habían ido á un pueblecillo del Guadarrama.

Pero, ¡oh, dolor! Purita, que es muy inocentona y muy indiscreta, y que, aunque sigue obediente y sumisa como una cordera á su madre, no participa por completo de las ideas de ella, me escribió una carta, en que me daba cuenta de su veraniega residencia.

—Amigo mío (decía): Nuestra estancia en este pueblo, que está situado donde Cristo dió las tres voces, es un verdadero martirio. Imagínese usted que nos bandedo por dormitorio un desván con las vigas apollilladas, que están amenazando siempre aplastarnos. Además, entre los mosquitos y otros insectos menos declarables, no nos es posible pegar los ojos en toda la noche. Llevamos ocho días, y, con este tormento, hemos perdido no sé cuantos kilos de peso. Estamos pálidas, desencajadas, nerviosísimas, con todo el cuerpo lleno de ronchas. Parece que nos ha dado la escarlatina. Aunque estemos en visita, no hacemos más que rascarnos y rascarnos, lo cual que, como usted comprenderá, no deja de causar nos mucha vergüenza.

«De la comida, no se hable. Vinimos á hartarnos de aves de corral y sólo se encuentra alguna que otra, que cuesta un ojo de la cara, y está además tísica. Pues ¿y los huevos? Aquí, aunque parezca mentira, nadie los prueba. Los pocos que se producen en este desdichado pueblo, se los llevan á Madrid, que es donde, según dicen, tienen muy buen despacho.

«La educación está por los suelos. No tenemos, con quien hablar ó si hablamos algo, no nos entienden, ó nos sueltan varias voces. Cualquier traje que nos ponemos causa en esta gente una hilaridad burlona y estúpida. En cambio, siempre nos está acosando la pobreza con peticiones de todo género. ¿Se casa alguna muchacha? Hay que hacerle un regalito. ¿Pare una prójima? Regalito al canto. ¿Se muere alguien? Pues es menester ayudar á los gastos del entierro. No podemos salir á ninguna parte sin que veamos manos tendidas hacia nosotras en demanda de limosna.

«Si continuamos mucho aquí, puede usted contarnos entre los muertos ó entre los orates.»

Y así seguía la carta de mi amiga Purita, «cantando» las excelencias del verano en la aldea.

Pero esto no fué óbice para que, cuando volví á ver á D.^a Hermengilda en la corte, no se hiciera lenguas de aquella vida rústica... ¡Y tan rústica!

Esta señora, por lo demás, no es sola en los anales de la cursilería. Como ella, hay muchos y variados ejemplares.

Hay quien levanta casa, ó lo que es lo mismo, que empuja los muebles, diciendo que se los lleva fuera, y, con efecto, no miente.

Hay quien, cuando va acercándose el verano, traba amistad con familias que tienen hoteles en el campo, para luego ir visitándolas, haciéndose el encontradizo.

Hay quien da órdenes á la portera diciendo que no está para nadie, y echa las persianas, y anda de puntillas, y vive en un enclaustramiento digno del más severo y silencioso monasterio, saliendo acaso sólo de madrugada un poquito para no perder el modo de andar.

¡Ah, señores! ¡El número de los veraneantes cursis es infinito como los pelos de la cabeza!

No faltan tampoco veraneantes que, al simple verano, ó ve raneo simple, añaden los baños.

—¿Qué gordo viene usted, Don Caralampio?

—No es extraño. He estado en unos baños que son insustituibles para la gordura.

Y la verdad es que, si ha tomado baños, ha sido en la tinaja de la cocina, y si está gordo es porque ha estado cebándose con bellotas. Pues ¿y dónde me dejan ustedes á la tan conocida y numerosa familia de Panduro? Esa no pierde año sin veraneo. Pero, su veraneo es como el mío. En mi propia casa, y ¡gracias! No obstante, escuchadla. Siempre veranea en los sitios más de moda.

El año pasado me la encontré un domingo de octubre por la mañana en la Plaza del Angel, y como de costumbre, me acerqué á saludarla.

—¡Hola, amigos míos!—dije.—¡Dichosos los ojos que les ven!

—¿Están ustedes ya de vuelta?

—Sí,—replicaron con orgullo.

—¿Y dónde han estado?

—¿Dónde quiere usted que hayamos estado? ¡En San Sebastián!

Luego averigué que lo decían por la iglesia del mismo nombre, en donde acababan de oír misa. Y así otras muchas.

ENILITO RIVAS





MIRRA (Episodio del *Inferno* del Dante), cuadro de L. Marcham.

POR DONDE VIENE EL AMOR

(CUENTO NAVARRO)



VERÉIS hacer un cuento, amigos míos? Venid conmigo á la ciudad y acompañadme á uno de los paseos donde los niños juegan. No escojamos de entre el grupo de infantes ni al más robusto, ni al más bello, ni siquiera al más pálido. Producen las ciudades humanas flores, complejas y exquisitas, cuya excelencia es agena al esplendor de la corola y á la finura del matiz; flores que á semejanza del heliotropo, se valoran por su movilidad nerviosa, solo que no acompañan desde lejos la carrera de un astro por el cielo y más parece que una luz interior las ilumina, una luz que renueva al infinito, con su oscilante centelleo, la expresión tornadiza de los pétalos.

Hay semblantes así, de facciones instables, inasequibles al fotógrafo; rostros que encierran series de semblantes; uno los mira y son alegres, vuelve á mirarlos y se han ensombrecido; tratamos de comprobar el cambio y reflejan piedad, dominación, soberbia y ruego; nos cuentan á las claras oscuridades íntimas; ofrecen al escultor plasticidades que su buril, reproductor de la hermosa quietud, jamás podrá fijar y abren al novelista y al psicólogo tentador laberinto de vislumbres fugitivas.

Mirad aquel niño, miradlo ahora, antes de que los hábitos y el tiempo le conviertan en máscara la faz y le encorven el alma, sepultándola en rincones alejados, donde su voz se pierde sin llegar á lo labios.

Ahora nos cuenta el rostro la historia del espíritu. Sigue el muchacho con los ojos la ascensión de una cometa. ¡Qué expresión de arrobamiento, de plena dicha, extática, infinita! La cometa se achica, se esfuma, se va. ¡Qué desconuelo, que melancolía, que desastre!

¡Persistís, mis amigos, en hacer un cuento? Renunciad á las causas que levantan raudales de esperanzas y olas de agonía en el alma del niño, al contemplar el ascenso y la desaparición de una cometa. El alma moderna es muy compleja para añadir cuantos hilos la mueven y los cimientos de la vida son muy sólidos para que los refuerce la arena ideológica. Conformaos con sorprender al vuelo un deseo, un ensueño, una alegría, una tristeza; fijad en la cuartilla lo inestable y si queréis que vuestras obras reflejen los vaivenes de las cosas, percibidas con el cerebro de un calenturiento y devolvídaslas en aéreas visiones, que pasen sobre el ánimo de los lectores como una reflexión por la frente de un niño, como una nube por un cielo de agosto, como la sombra de un pájaro por la tierra soleada, como la luz de un rayo por la nocturna oscuridad. Y ahora venid al campo. Estamos en una aldea de Navarra junto al río. Apoyado en la baranda del toscó puente un anciano mira fijamente como pasan las aguas. Volved mañana, á la misma hora, y le hallaréis en actitud idéntica; esperad á que caigan las lluvias y si alzáis la vista hacia las tragaluces de las casas le sorprenderéis tras una de ellas, con los ojos clavados en el río.

¡Piensa quizás en que las boras, al igual de las aguas, de momento en momento son distintas, pero desaparecerán todas con matemática uniformidad? ¿En qué piensa ese viejo? Cuentistas, amigos míos, ¡aquí hay un asunto! ¿Qué buscan ó que añoran los enamorados de las montañas, de las estrellas y de los ríos? Ese viejo, cuya sabeza cubre un pañolón de yerbas, cuyo pecho y vientre rodea una faja que le cuelga por las piernas, de cuerpo tan doblado que alargando las manos las apoyaría en tierra sin violentar su posición acostumbrada, ¿qué opinión tiene de la vida? ¿Estará alegre? Pongamos que esté alegre. Mirémosle la cara. Entre las grietas de la frente y los pelos grises de la barba se le bunden los ojos; no busquemos un fulgor de alegría; ¿cómo iba á brillar en esas órbitas enrojecidas, vidriosas y opacas? ¿Estará triste? Pongamos que esté triste, ¿pero cómo adivinar tristezas en facciones inmóviles y en ojos sin cambiantes? ¡Decís que mi hombre no tiene espíritu, ¿cuentistas modernos que trabajáis sobre almas volanderas? Si que lo tiene, pero tan lejos, que se entierra en un pañuelo de yerbas, una faja oída, un cuerpo que hace escuadra, unos pelos grises, unas arrugas hondas y unos ojos apagados y hundidos, y alegre ó triste, dominador ó suplicante, desaparece bajo un ángulo recto, que empieza en el pañuelo y le acaba en el fleco arrastrado de la faja. Aunque el alma es sencilla, la cáscara es dura y no se transparentará en ningún momento; habréis de seguirla hecho tras hecho, año tras año, como la historia en el *Romancero*, como la vida de Juan España en las aleyñas que lee el pueblo.

Casó Indalecio Ochoa, hace ya muchos años, más de medio siglo, con una chica forastera. Hicieron el casamiento los parientes con tan escasa intervención de los jóvenes, que éstos por primera vez se vieron en la ciudad, el día en que entre una y otra parte se concertaron las cláusulas del contrato dotal.

—¿Te gusta el novio?—preguntó á Petra uno de los viejos.

La chica miró á Indalecio de hito en bito, larga y minuciosamente, y al cabo de un buen rato exclamó:

—¡Pus ya paice jaque!

Y como el novio *paice* *jaque* pasaron sin otros trámites á la tenaz empresa de formular uno de esos contratos labriegos en los que no queda ni cabo por atar, ni muerte por prever, ni calamidad por advertir, con lo cual la Petra y el *jaque* separáronse hasta la boda, en la que, fuera de la misa, la comilona, el bailoteo y lo que es de rigor en tales casos, no ocurrió nada digno de contarse. Á las pocas semanas fuese la Petra á su pueblo para pasar unos días con sus padres y á la vuelta, al apearse del mulo, dijo al marido:

—¿Sabes que se me ha caído la manta? Y lo peor es que estoy cansada para volver á buscarla. ¿Quieres ir tú?

—Bueno.

—¿Ande vas, Indalecio?—le preguntó en el camino un amigo.

—Al pueblo de Petra, que se ha dejado caer la manta.

—Me parece que haces viaje en balde, porque yo no la he visto y vengo al paso.

—Pues voy á ver si la encuentro.

—No vayas que se va á hacer de noche y he tropezado por la loma á un hombre... ¡vamos! que no me gusta nada.

—¡Aprensión tuya!

—No vayas,—te digo,—ese hombre no me gusta.

Y tanto porfió el amigo que Indalecio dejó para otro día la busca de la manta.

Llegó la siega y una tarde díjole la Petra:

—Ya están los peones en la pieza. Mejor sería que nos sentáramos; á la sombra de esta encina para descansar un rato; tiempo nos queda de coger las hoces; ¿nos bastará esta sogá para atar las gavillas?

Y á la sombra de la encina se puso á hacerse mimos la feliz pareja.

En esto preguntó de improviso la Petra:

—¿Por dónde se mta antes á un hombre?

—Pues mira,—replicó Pedro con su sonrisa bonachona,—como le des una puñalada por la tetilla izquierda y no te falte *aseguranoña*, más polvo ha de coger debajo tierra que en las eras.

Renováronse las agrestes caricias al amparo de la copuda encina y mezclando el trabajo á los placeres exclamó la mujer:

—Parece fuerte esta sogá.

—¡Ca, si es de espárito, se rompe en seguida!

—¡No la romperás tú!

—¡Qué no!

—Hagamos la prueba, déjate atar las manos por detrás de la espalda.

—¡A qué me suelto!

—Ya veremos.

Y fuera la sogá debil ó el nudo flojo, Indalecio consiguió deshacerse.

—¡No me dejarás amarrarte otra vez!

—Todas las que quieras.

Y la Petra le ató con calma, poniendo toda su fuerza en las vueltas, toda su habilidad en los nudos.

—¡Suéltate ahora!

Aguijoneada la honrilla, forcejeó Indalecio sobre un minuto, pugnando por zafarse. La Petra se complacía en verle; cantaban sus ojos soberbias canciones de triunfo y esperanza.

—¡Suéltate!—repetía.



—No puedo, no puedo... me doy... sueltame tú... me deben estar sangrando las muñecas.

—¡Soltarte! No lo esperes... ¡para eso te he amarrado!

Y sacando un cuchillo del pecho se arrojó la mujer sobre el marido, quien al pasar violentamente de la broma a la tragedia, prorrumpió en alaridos.

—¡Cobarde, canalla!

—Bruto,—contestaba la mujer,—¿conque por la tetilla izquierda se mata a un hombre? ¡Te mataré, te mataré!

Descargó un golpe sobre el costado izquierdo; furioso golpe en que el cuchillo se hundió hasta el mango, pero algo bajo, y no cayó Indalecio. ¡Y fué un espectáculo pasmoso el de aquel hombre que con las manos atadas en la espalda, echó a correr por los sembrados, chorreando sangre, tropezando, cayendo, levantándose, aullando como un lobo en noches invernales, seguido á dos pasos por la mujer,

borracha de odio, que blandía el cuchillo, repitiendo con voz enronquecida:

—¡Te mataré, te mataré!

Nadie, nadie se explicaba el suceso. Cuando la Petra fué apresada se negó á declarar y ante el marido que al curarse le preguntaba: «—¡Pero yo que te he hecho», los ojos de la mujer lanzaban cóleras y de no ser ella la amarrada... ¡ay de Indalecio!

Y pasaron los meses en idas y venidas de juzgado en juzgado, hasta que un día llevaron á la cárcel los padres de la Petra la noticia del casamiento de Juan Cruz, un mozo de su pueblo, y entonces se supo que la mujer no estaba loca, como no fuere de pasión por ese chico, el verdadero *jaque*, que husmeó en otro tiempo la dote de la Petra y al ser rechazado, como mala cabeza, por los padres concertó con ella la muerte del marido

para gozar, casándose con la chica á su mayor edad, el usufructo de la hacienda de Indalecio. El fué quien preparó de acuerdo con la Petra una emboscada el día de la caída de la manta; él, quien le inspiró la idea de matar al marido. Al saber que se casaba le entró á la Petra una congoja inacabable.

De sus labios resellados brotaban torrentes de arrepentidos ayes; de sus ojos resecos, raudales de lágrimas. Tanta fué la congoja, tan grande el arrepentimiento que Indalecio resolvió perdonarla y al llegar á la audiencia el proceso convinieron los testigos y

el marido que la herida se debía á un accidente... y con dinero ¿qué pleito no se arregla?

—Te has gastado mi dote en abogados, viajes y papeles,—le dijo la mujer al verse en libertad,—pero yo te juro que te la he de ganar con mi trabajo.

Y así fué. Nunca volvió á asomar una disputa en la casa de Indalecio, jamás un matrimonio ha sido tan feliz; durante la larga vida de la Petra su nombre fué el espejo de las mujeres trabajadoras enamoradas y hacendosas.

Hace años que murió. Desde entonces el viudo deja caer los días contemplando el correr de las aguas. Miradle ahora. Acaso piensa con orgullo en que dejará al morir la casa renovada, doble ganado, las fincas mejoradas. Acaso le cosquillea la memoria el medio siglo de caricias con que su mujer cicatrizará la herida de un segundo... ¿Pero quien adivina un pensamiento en ese ángulo recto que empieza en un pañuelo y termina en el fleco de una faja?



RAMIRO DE MARETÚ



En el arca que Noé y sus hijos construyeron para librarse del diluvio universal encerraron, como todos saben, parejas de todos los animales conocidos, desde el corpulento mastodonte hasta los microscópicos infusorios.

La sección ornitológica de aquella *menagerie* estaba, naturalmente, bien representada. El cuervo graznador, la gallina cacareadora, la cacatúa alborotada y otras miles de especies de plumíferos, tenían sus jaulas, por el orden de sus gritos, á un extremo de aquella arca inmensa, á mano derecha para que no estorbaran con su chillería. En el centro del arca, en el mismo lugar donde moraban las personas, hallaron perfectísima acogida los pájaros predilectos, aquellos dotados por Dios de espléndido y brillante plumaje ó de lengua que les permitiese emitir algunas de las voces que emitimos los humanos. El lorito, que entre todos sus compañeros se llevaba la preferencia, prodigaba continuos elogios á los dueños del arca; llamaba *salao* y *jacarandoso* á Noé, matrona virtuosa á la señora de éste y remonismas á las hijas de ambos; y cuando le daban una sopa empapada en chocolate improvisaba peteneras y sonetos parecidos á los de Carulla.

El mirlo, que habitaba al lado del loro, tuvo ovidia de éste. A él no le daban sopas como al otro; cuando más le daban algún sopapo, por permanecer callado siempre. No comprendía el pobre mirlo,—estaba en su infancia,—que la estructura de su boca le permitía ciertos sonidos, según Cam, uno de los hijos de Noé que cursaba la veterinaria con aprovechamiento.

A medida que pasaba el tiempo arreciaba la ira de Noé contra el callado animalejo y ya se preparaba un día á desplumarle para echarlo en el arroz, cuando una paloma mensajera vino á posarse sobre su mano, de vuelta de su exploración, con una rama en el pico, indicio cierto de que estaba la tierra seca, y gracias á tan fausta nueva conservó el mirlo la vida.

Al siguiente día saltaron en tierra todos los animales que la habían de poblar.

El lorito, que tantos agrasajos había recibido, se despidió con las mejores frases de su repertorio. El mirlo... ¡oh! el mirlo se acordó de los malos tratos recibidos, y al acordarse, hizo por primera vez uso del don que le ha concedido Dios; se acercó á Noé, y sin respeto alguno, junto á sus oídos, silbó repetidas veces excitando su ira. Noé y su familia tuvieron muy presente aquel raro grito, é imitándolo, silbaban siempre que se enfadaban, siendo este el preludio de las palabras gruacas.

Los silbidos, á medida que nuestro planeta se fué poblando, pasaron al dominio de todas las gentes, que manifestaban su desagrado silbando á más y mejor.

Ya David, antes de ser rey y de tañer el arpa, cuando era simple pastor y aprendía en el monte á tocar el caramillo, al dar en cierta ocasión un *do* por un *fa* recibió como homenaje una explosión de silbidos de los zagales que le oyeron. Tanto es así que meditó sobre el particular y de esta meditación surgió la idea de la honda. Esta, como es sabido, al agitarse en el aire para lanzar la piedra,





produce un ruido semejante al silbido.

Y véase como Goliath, el gigante aragonés, al recibir la piedra lanzada por la honda de David murió con música al son de un silbido.

Es muy fácil que de aquí provengan las marchas fúnebres.

Siempre los silbidos, *inventados* por el mirlo, como queda dicho, han molestado á aquellos á quienes han sido dirigidos, y en todas las épocas, desde la salida del arca hasta la fecha, han estado en boga.

Muchos grandes hombres han recibido silbas espantosas. Entre otros citaremos á San Isidro y á Dato.

Quizás el primero fuese silbado por los moros, al descubrirlos, pues de otro modo no nos explicamos porque se venden al lado de su ermita, durante la romería que en su honor se celebra en Madrid, los famosos y acreditados *ptos del santo*. El segundo no recordamos porque fué silbado. Seguramente por lo que todos nuestros políticos contemporáneos, pues para ellos y para los toreros nunca se acaban en nuestro país las manifestaciones de entusiasmo, y todos al verlos nos sentimos mirlos.

JULIO VÍCTOR TOMÉY

Con el más profundo sentimiento participamos á nuestros lectores la temprana muerte del distinguido dibujante y pintor D. José M. Pabissa, director artístico que fué de *Iris*. Una traidora enfermedad le ha arrebatado al cariño de su familia y de sus amigos cuando nada hacía presagiar tan triste fin. El Sr. Pabissa era uno de los jóvenes mejor dotados para el arte decorativo, como de ello dan fe las preciosas orlas que dibujó para esta revista, género en que descollaba con envidiable brillantez. Su buen gusto, su dominio de la técnica y la riqueza de su fantasía le habían granjeado muchos admiradores, pero lo que sobre todo le hacía ser querido era su carácter. Modesto, laborioso, afable, de apacible condición y nobles sentimientos era imposible watarle sin quererle.

Sensible ha sido su pérdida para el arte, pero no menos para sus amigos, que por siempre conservarán de él gratísima memoria.

Reciba la desconsolada familia del malogrado artista la expresión de nuestro más sentido pésame.

SONETO

¿Por qué tu mirada seductora
un amor me fingió que no sentía,
y tu boca con dolor me ofrecía
lo que nunca en tu pecho se atesora?

Tú no sientes amor, solo traíadora
se inunda tu alma de alegría
cuando ves retorcerse en la agonía
al ser desdichado que te adora.

Ya que al triste que sólo sabe amarte,
con celos y desdenes das la muerte,
termina en mis ansias de gozarte,
pronuncia mi sentencia, será fuerte;
si es que muera: contento por no verte;
si es que viva; feliz por adorarte.

EMILIO AGUADO Y VICAN



CANCION PICARESCA, cuadro de Schmutzler

FLORES Y PAJAROS

El invierno despiadado
en la tierra puso Dios,
por altos fines, sin duda,
pero por crueldad no.

Las noches largas sombrías:
el cielo con triste faz
los campos, sin sus verdoros,
todo negrura y pesar.

Y es un cuadro la natura
que infunde al alma pavor,
mientras que el invierno extiende
su imperio devastador.

Más llega la primavera
con su luz y su placer,
y la tierra se sonríe,
y todo es dulzura y bien.

Y la primavera viene
como diciendo al mortal:
Tras la nieve y tras las sombras,
el sol, la flor y el cantar.

Y con efecto, los campos
visten de vario color;
y entre los bosques se escucha
grato melodioso son.

Así en el mundo se muestra
la soberana piedad,
con largueza consolando
la miseria terrenal.

Y para el sordo y el ciego
ofrece goces también

cuando ya el buen tiempo empieza
y ya el invierno se fué.

Para quien, muerto el oído
jamás un cántico oyó,
y los ojos aun le quedan
pone el matiz de la flor.

Y al contrario, para el ciego
que en la música su afán
cifra, la natura brinda
de las aves el cantar.

Y así pájaros y flores
en la primavera son
para muchos desgraciados
el más portentoso don.

J. F. Sarmiento y Aguirre

INTIMA

He de estar agradecido
á cuanto has hecho por mí,
me has enseñado á llorar,
me has enseñado á reir.

Los amores y los celos
tú también aprenderás,
yo te enseñaré á reir,
yo te enseñaré á llorar!

Mas no olvides que mis risas
el viento se las llevó,
y que han quedado las lágrimas
dentro de mi corazón.

NARCISO DIAZ DE ESCOBAR



PEPITORIA

Mr. Ricardo Witterstatter, de Cincinnati (Estados Unidos) ha vendido á M. Roberto Craig é hijo, de Filadelfia, un nuevo clavel, llamado *Adonis*, de color escarlata brillante, por la suma de 5 000 dollars!

Es preciso, ciertamente, ser yankee para pagar un clavel en tal cantidad.

RECONSTRUCCION

NI	TA,
NA	RION

QUE		SU	MAS
DE			LOS
SE	VIE		RE

POR	MUY	NO	PRE
TAM	BIEN	MI	RA

DE	BO	CAM
PA	CHOS	
QUE	NEN	A

ES	TÉN
BA	JO

Con los anteriores fragmentos uniéndolos *de cierto modo* reconstruir un cantar.

NOVEJARQUE

En la revista celebrada en París para solemnizar la fiesta del 14 de julio llamó extraordinariamente la

atención la compañía de *infantería ciclista*, que desfiló brillantemente por delante de la tribuna presidencial, saludando militarmente los soldados, clases y oficiales.

Un periódico francés se entretiene ahora en demostrar que no tienen nada que ver el talento, la ilustración y el buen estilo con el don de profecía, y en este concepto se ceba con R-nan que, en efecto, pudo hablar más ó menos acertadamente de cosas pasadas, pero que en materia de cosas futuras no daba pie con bola. En 1849 pronosticó que el Papa no volvería jamás á Roma, y estaba allí de vuelta al cabo de tres meses; en 1878 anunció que Alemania no duraría un año, y en efecto, por ahora hace treinta años que dura y lo que durará; en 1843 predijo que los individuos de la Asamblea Constituyente de Burdeos morirían errantes y perseguidos, y ya se ha visto, como todo el mundo sabe, que los unos han llegado á presidentes del consejo de ministros y los otros gozan de la mayor estima. El hombre en una palabra ha resultado todo un *Zaragoza*.

—No me preguntes que tengo:
¡ya padecer y sufrir!
¡Malditos callos! — ¡Pues hombre!
¡Aquí del LADIVONSIM.

FRASE HECHIA



El interés que despierta la novela *LA ISLA DEL TESORO* bastaría por sí solo el extraordinario éxito que alcanza *NUEVO SIGLO*, pero á ello se reúne además el escogidísimo texto de tan simpática revista, que realiza plenamente la armonía entre la instrucción y la amonición.

PEQUEÑECES

Tan delgada está y sin huella
c. carne, doña Cecilia,
que afirma el padre Corbella
que el que se case con ella
no quebranta la vigilia.

Para salir de un apuro
le presté un duro á Rosendo;
y há un año no veo el duro;
¡quizá que aun esté saliendo!

Le pregunté á don Sivero
que tal su cara mitad;
y me dijo el majadero:
—Carra me cuesta, en verdad.—

—Gil Be'lido, que es un zote,
ha tenido tres mujeres.—
—Y, ¿se casa por poderes?—
—No; se casa por la dote.—

LUIS DEL ARCO

Las soluciones en el próximo número.

SOLUCION

al pasatiempo del número anterior
Charadita gráfica.—Corsario.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

J. B.—Valencia.—El cuento tiene muchos defectos de lenguaje, y á pesar de todo, no resulta. Es un asunto ese barto manosado para que no requiera cuando menos un cuidado en la forma de que sólo puedan salir alrosos los grandes maestros.

S. A. N.—Barcelona.—En cartera el cuento.

S. A.—Lérida.—Pues, amelo mío, francó ó pevitamante: no hace el peso, como decimos los catalanes.

A. L.—Lérida.—Hay envidiables inesperecias en su *Fuga*, pero creo que con el tiempo lo hará usted muy bien, pues todo es *esperar*.

V. Z. A.—Valencia.—¿Y la solución?

V. de A.—Zaragoza.—¡Tan hermosamente como siempre, ilustra preti! Pero ¿cómo te rda usted tanto en hacerse célebre y en ocupar el puesto que tan dignamente se ha conquistado en nuestro personalito?

M. N.—Madrid.—¡Horroroso, señor N., horroresimo!

J. F. R.—San Sebastián.—Eas *Litritas* hubieran hecho furor en tiempo de la Reina Gobernadora.

R. N. deas Te.—Usted podrá calafatear garcos, pero ¡lo que es decímal! Todas hacen agua.

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD EDITORIAL Y LITERARIA * INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO EDITORIAL «LA IBERICA», PLAZA DE TITÁN, 14.—BARCELONA

